

LETRAS DEL CAMBIO

CAMACHO Y REDONDO

Por Jaime CAMPMANY

ANOCHE, Televisión Española nos ofreció un programa imaginado para que despertara el máximo interés de casi todos los españoles. El tema es de la mayor importancia y actualidad: los sindicatos y las próximas elecciones sindicales. Los protagonistas son los dos hombres de gran responsabilidad en las centrales sindicales más nutridas en este momento: Marcelino Camacho, de Comisiones Obreras, y Nicolás Redondo, de la U.G.T.

Uno de los problemas apremiantes que tiene el país para conseguir el normal desarrollo de la vida económico-social y la consolidación de la democracia es el de contar con unas centrales sindicales nutridas, responsables, representativas, capaces de defender los intereses obreros y, al mismo tiempo, que sean interlocutores válidos para el necesario diálogo con los empresarios y para la consulta y participación en las medidas de gobierno que afecten directamente a la clase trabajadora. De la madurez y preparación de los dirigentes sindicales depende en buena parte que las nuevas fórmulas de convivencia social y, en definitiva, política resulten eficaces para la prosperidad del país y para la progresiva dignificación y el creciente bienestar de los trabajadores.

Pues bien; el diálogo mantenido ayer ante las cámaras de TVE entre don Marcelino Camacho y don Nicolás Redondo resultó un espectáculo deprimente. En vano Federico Ysart —supuesto moderador del diálogo— hizo algún tímido esfuerzo por encauzar ese diálogo de modo que el espectador pudiera obtener algunas ideas claras acerca del tema debatido. Durante eso que llamo diálogo, refiriéndome más al propósito que al resultado, el periodista moderador se convirtió en un oyente casi tan estupefacto seguramente como los espectadores, e incapaz de lograr que se guardaran las más elementales normas de un debate público.

Don Marcelino Camacho y don Nicolás Redondo —a quienes ofrezco desde aquí todos mis respetos personales— convirtieron el debate en ríña, se arrebataron uno al otro la palabra de la boca, se intercambiaron acusaciones fuertes. Don Nicolás Redondo llegó a decir que el señor Camacho ofrecía datos manipulados y que «mentía». A unos representantes sindicales no hay por qué pedirles exquisiteces dialécticas. Pero sí un mínimo de compostura en la discusión y de respetuoso silencio cuando el adversario está en el uso de la palabra. Los señores Camacho y Redondo nos dieron una lección: la de cómo no se debe dialogar en público.